

Cuentos cofanes¹

Traducción y edición: Miriam Lucía Lapo y José Grefa Mendua

En circunstancias que aquí no importa detallar he conocido a José Mendua Grefa, exponente y representante autorizado de la etnia Cofan, situada en la Amazonía ecuatoriana.

Gracias a la tradición narrativa que su comunidad depositó en mis manos, y de la que aquí publico una pequeña porción, tenemos ahora la oportunidad de abrir una ventana hacia el universo ancestral de este pueblo, muy poco conocido por los estudiosos.

El viaje que aquí se propone hacia un mundo tan complejo, fascinante e inexplorado, empieza con tres cuentos que reflejan algunos mitos de una de las últimas etnias supérstites del vasto territorio amazónico. En efecto, forman parte de un material mucho más amplio que, junto con Grefa Mendua, estoy trabajando por traducir y que ha sobrevivido en su integridad gracias a la cura de un “Tayta” o chamán que falleció en 2011. Su nombre era Alberto Grefa y era el abuelo de mi contacto.

Su sabiduría médica y sus conocimientos tradicionales quedan transcritos con extrema cura en un cuaderno que él mismo conservó hasta su muerte, escondido en un lugar secreto.

Cuando su nieto José Grefa Mendua, mientras buscaba el vestuario de su abuelo para la sepultura, encontró su libreta, decidió compartir conmigo el contenido del mismo, que se reveló un verdadero caudal de noticias sobre el mundo Cofán, sus tradiciones y leyendas.

Miriam Lucía Lapo

¹ La redacción de *Orillas* recibe la propuesta de Miriam Lucía Lapo, estudiante del seminario de lengua y cultura nahuatl del prof. Giovanni Gentile Marchetti (Universidad de Bologna) que la promueve, y publica una selección de leyendas tradicionales del pueblo Cofán que fueron encontradas en un cuaderno escrito por mano de uno de los últimos chamanes de esa comunidad por su nieto y entregados a la editora para que los divulgara con el fin de transmitir la memoria cultural de su pueblo. Asimismo, certifica la efectiva existencia de la fuente testimonial declarada.

Los cuentos cuya publicación aquí se autoriza son los únicos reconocidos como auténticos por la confederación de los pueblos Cofanes. La versión aceptada a la unanimidad por nuestras comunidades ha sido fornida por la Señora María Grefa Queta que, en calidad de esposa del Chaman, asistente y ocupante de un lugar de prestigio al interno de la jerarquía de su aldea, es de considerarse la única depositaria de los mitos y leyendas que constituyen la herencia cultural y lingüística de nuestros pueblos ancestrales.

De hecho, existen otras versiones de los mismos relatos, reunidas en un libro intitulado *Mitos del pueblo Cofán*, redactado por la Iglesia evangélica en colaboración con Magdalena Blaser².

Sin embargo, el antemencionado libro no encuentra la aprobación de nuestra Confederación ya que los cuentos que se encuentran en su interior no representan verídicamente la tradición de nuestros mitos y leyendas, porque se basan sobre relatos bíblicos adaptados para satisfacer el proyecto de evangelización de las poblaciones nativas.

Como representante de mi etnia Cofán y contando con la aprobación de mi comunidad, autorizo solamente la revista *Orillas* al tratamiento de cuanto presentado por medio de la Dra. Miriam Lucía Lapo.

José Grefa Mendua

HISTORIA DEL COFÁN

Antes, Dios andaba en este mundo con su madre, no existía nada. Entonces le dijo a su madre que hiciera harta chicha. Por mandato de Dios, ella empezó a hacer chicha. Cuando ella comenzó a hacer la chicha, él también comenzó a construir una casa grande, pero muy grande.

Construyó unos asientos largos y una mesa, también cercó el contorno de la casa. Entonces la madre le dijo al hijo: “¿Para qué esta casa tan grande? Porque ya no quiero hacer más chicha”. Todo estaba preparado para llamar la gente. Cuando Dios terminó de construir, entonces le dijo a su madre: “Llegó el momento de llamarlos” y los llamó pero no llegaron.

Luego Dios los llamó con un grito: “¡Vengan todos a tomar la chicha que he preparado!”. Después del llamado fueron saliendo de la nada unos personajes con collares de pluma, coronillo de tigre, coronas de plumas de guacamayos, sus rostros pintado con achiotes, su cuerpo cubierto de variedades de plantas, fragancia de la naturaleza, y cada uno tenía bombos, flautas y rondadores para festejar.

Entraron en la casa y cubrieron todos los asientos preparado por Dios y la madre les brindó a todos las chichas que había preparado. Los demás que no alcanzaron asiento se quedaron por fuera: ellos son los seres espirituales de la

² M. Blaser, *Mitos del pueblo Cofán*, traducción de María Enma Chica Umenda, Sucumbío: Centro Cultural de Investigaciones Indígenas Padre Ramón López, 2009.

naturaleza y ahora viven en la montaña. Nosotros somos lo que Dios llamó y somos los Cofanes, con una sabiduría natural. Dios nos había llamado para que asistiéramos en este mundo cuidando lo que en él existe. Después de llamarnos nos dejó el Yaje, pero antes él lo preparó y lo tomó y sufrió, se calló al suelo y vomitó. Por eso nosotros tomamos Yaje, vomitamos y sufrimos para aprender. Después los Cofanes empezaron a vivir en las orillas de los ríos.

Todo existe en la naturaleza, son nuestros hermanos porque fuimos creados por Dios. Por esta razón siempre seremos guardianes y conservadores de todo lo creado. El hombre Cofán mantiene una mutua relación con la naturaleza, su forma de ver el mundo: el de los astros, el de los invisibles y nosotros, amos de la naturaleza que viven dentro de la tierra.

Con conocimiento espiritual y natural, la madre naturaleza ha creado con la visión de sanar, conservar, orientar, enseñar y proteger esta sabiduría.

EL CUENTO DEL HOMBRE ANACONDA

La abuela del joven le hacía vomitar con una planta que se llamaba Kahansi Chufapa, luego le hizo tomar Yaje para que accediera a los conocimientos ancestrales. De hecho, el joven dijo que iba a matar a la boa y la mató. Los chamanes habían dicho a la abuela que no le diera Yaje, pero ella no obedeció causando que el joven se transformara en boa. De hecho vivía en las orillas del río y ahí había una pequeña comunidad donde moraba una linda joven de hermosos ojos negros, con una sonrisa dulce, encantadora.

Bueno, ella no tenía novio y vivía con sus padres. La hermana mayor estaba casada, mientras que la otra era soltera y sus padres eran muy celosos de ella. La hermana soltera florecía cada día más y siempre iba a desyerbar la yuquera, hasta que un día vio a una boa muy fea. Al verla se asustó y se enfermó, pero la serpiente la curó con el fin que ella lo pudiera mirar como un hombre.

Pasó el tiempo y la chica se veía muy diferente. Entonces el padre, como era celoso y la cuidaba mucho, un día fue detrás de ella donde estaba trabajando. Allí se sorprendió y vio que la boa tenía enrollada a su hija. En efecto, descubrió que se había enamorado de una enorme boa. Bueno, pero ella, en realidad, veía un joven guapo y atractivo.

Viendo esta escena, el padre se asustó y fue a llamar a su esposa. Estuvieron mirando un rato la hija que jugaba a tirar la tierra con el serpiente. Después de una hora se fue.

Pasaron algunos meses y la chica quedó embarazada. De hecho la noticia no alegró a su familia que no comentó a nadie el asunto, por su oscuro noviazgo con la boa. De hecho creían que ella habría sido una madre soltera.

La joven se fue hacia el río, sin darse cuenta que sus parientes la seguían de lejos. Junta a la orilla, la boa que ella amaba, salió del agua y la enrolló delicadamente.

Viendo esta escena, la familia de la chica pensó que era un acontecimiento increíble.

Cuando la joven regresó, le preguntaron qué hacía con esta boa y ella cálidamente respondió que era su marido.

Pasó el tiempo, la barriga de la joven crecía y ella disimuladamente cogía su vara de pescar, se acercaba a las orillas del río y la boa no hallaba la hora de darle pescado fresco para que se alimentara.

Cuando se concluyó el tiempo natural, la chica dio a luz un bebe sano y fuerte. Sin embargo el recién nacido tenía sanguijuelas en la oreja derecha y, en la mano, una culebrita llamada “Curaguajero”. El niño iba creciendo con la ayuda de su padre boa.

El bebito ya andaba jugando en la aldea, pero todos los demás niños se burlaban de él a causa de su aspecto físico. Además la gente era envidiosa porque el niño iba a pescar y sacaba pescado grande, mientras que los demás niños no sacaban nada.

La esposa de la anaconda y su hijo tenían siempre una buena pesca gracias a la boa. De hecho, ellos sólo debían esperar que la boa le llenara la canasta de pescado fresco.

Ellos decidieron apartarse de la familia, comenzaron a construir su propia choza, pero a la madre de la chica le daba pena porque solo veía una boa enrollada encima de la choza. La hija le dijo a la mamá de cerrar los ojos y le echó ají. Entonces la señora ya vió que en realidad la serpiente era un hombre. Las demás personas, en cambio, veían solo una boa enrollada y desde ahí comenzaron a criticar, burlarse de su hijo, mientras que el abuelo decía a los muchachos que no se burlaran del niño.

A la boa le dio rabia por la crítica de la gente ya que escuchaba que el niño era cochino porque tenía una sanguijuela y la Caraguajero. Entonces la boa fue dejando a su hijo y esposa pero siempre estaba pendiente de los dos en sus alimentos.

De hecho él les visitaba todas las noches y poco a poco el niño creció, pero no jugaba con los otros niños, sólo jugaba en las orillas del río y no se ahogaba porque su padre estaba pendiente del niño.

Pasó el tiempo. El niño tenía cuatro años y se iba a pescar. De hecho, su padre le mandaba pescado a la mamá.

Por eso, un día ordenó a su hijo que le dijera a la madre de hacer la chicha y al hijo de cortar bastantes flores de cañabrava, para hacer huequitos alrededor de la chozita donde vivían. Luego la Anaconda dijo al hijo que habrían dado una pequeña fiesta con todos los amigos y la familia.

La mujer siguió las instrucciones del esposo y lo mismo hizo su hijo.

Durante la fiesta los familiares y amigos bailaban contentos, menospreciando el hombre-boa. Mientras la fiesta se iba desarrollando y los invitados estaban borrachos ya eran las tres y media de la madrugada.

En este instante, el niño salió y comenzó a hacer hueco alrededor de la choza con la flor de cañabrava porqué así le dijo el papá boa.

La mujer de la boa hizo secreto a las Gallinas, Perros, Animales, a su papá, mamá, hermanos y todos los que estaban en la fiesta. En un dado momento, los vecinos oyeron que sonaban tambores y ya eran las cuatro de la madrugada cuando

sonó un trueno grande y después quedó todo silencio. Entonces ya eran las seis de la mañana, la gente del pueblo se acercó a la orilla; oían ladrar a los perros, cantar a los gallos debajo del agua pero nadie pudo entrar en la laguna y esa quedó encantada y sólo se vio una familia feliz: eran el hombre anaconda con su esposa y el hijito fruto de su amor.

LA REINA DE LOS GALLINAZOS (KUNSIANA)

Había un hombre guerrero y fuerte que se enfrentaba con las demás etnias para defender el territorio de los Cofanes. Un día se enfrentó con los Tetetes, los mataba, los arrumaba en la playa y los cadáveres se podrían. En esa época los gallinazos eran personas.

No faltaban jóvenes curiosos y se fueron a la playa a ver lo que pasaba. De hecho se percataron de unas lindas muchachas que tenían una linda cuchara.

Entonces ellos miraron al cielo y dijeron: “¿Quién será que baja?”

Los otros jóvenes más mayores les respondieron: “Hermano, no es más que la Kunsiana”.

Entonces un muchacho reclamó: “Voy a ver cómo será esa Kunsiana” y se fue a verla de escondida.

Ella se desnudó y su cuerpo estaba lleno de plumas brillantes y era bonita como un ángel. De hecho, para no embarrar su precioso cuerpo en los muertos, ella llevaba un bordón blanco. Después se sacó las alas y las dejó colgadas en su bordón, para que siguieran secándose en el sol.

Ella quedó desnuda y venía del arenal despacio porque no podía caminar rápido ya que era gorda.

Llegando donde estaban esos muertos, vio que estaban varios gallinazos, los blancos y negros que gritaban a Kunsiana: “Hermana, venga que la chicha está blanda y dulce, ya está buena para que venga a comer usted”. Ella también se reunió a comer esos muertos. De hecho, se fue a ver, pero todavía no estaban bien dañados y por eso no se los comió y se fue donde estaba la pluma de alas que ella dejó. Arregló sus alas y se voló al cielo.

Entonces el muchacho dijo: “Yo voy a hacer una olla de barro muy grande, a ver si puedo robar ese plumaje dentro de tres días. Ahora sí voy a acomodar esos muertos” y se fue a acomodarlos en filas, como a cien metros de lejos a cada uno. Él quedó en el primer puesto, se sacó la cisma y se amarró los ojos con un pañuelo. Se acostó boca abajo. Empezaron a bajar bastantes gallinazos negros y blancos. Cuando el chico vio una sombra en el cielo, dijo: “Ya baja ella”.

Kunsiana bajó y se sacó esas plumas que dejó en el mismo bordón para que se secaran al sol. Ella vino adelante corriendo y llegó donde estaba el joven vivo, que los gallinazos picoteaban hasta sacar la sangre. Kunsiana ya estaba cerca y el gallinazo blanco gritó: “Este todavía no está bueno, está crudo”. Se fue picoteando y

picoteando, diciendo: “Venga rápido a comer, tía” y ella se fue donde la llamaban las compañeras Kunsianas.

El muchacho estaba acostado, ya cansado y rezaba que la Kunsiana caminara a cincuenta metros de él. Se levantó, corrió y llegó a coger el ala de la Kunsiana. El gallinazo negro le gritó: “Tía, tía, mire su vestido, lo robaron”. Ella corrió pero no le rendía correr, así el muchacho salió corriendo y la Kunsiana le decía: “Déjeme mi vestido por favor, no se lo lleve”.

El muchacho se volteó a ver, pero no le hizo caso y fue a esconder las alas de ella que se quedó llorando.

Cuando eran las cuatro de la tarde, llegó preguntando de casa en casa hasta la última y llegó donde el muchacho que se robó el vestido. Ella, lo único que se tapaba era la vagina con una hoja y le dijo al muchacho que le entregara el vestido que le había quitado.

El joven le respondió: “Yo te quité el vestido porque quiero vivir contigo. Ella agarró a llorar: “Ay, Dios mío, yo como voy a quedar acá, entrégame mi vestido”.

El muchacho respondió: “No, yo no cogí su vestido; si desea, yo le doy esta pieza de ropa”. Entonces la chica agarró a llorar: “¿Yo cómo voy a colocar esta tela si tiene pelusa?”. El muchacho no le contestó, solo la cogió y la llevó para entrar en su casa, pero le tocó romper la puerta para que ella entrara. Sin embargo, ella no dejó de reclamar y decía que tenía que entregarle el vestido de las alas.

Ella era trabajadora y madrugaba a las dos de la mañana para hacer el desayuno, nunca se veía triste si no contenta, jugando con el marido que ella siempre acompañaba al trabajo y nunca dejaba solo. Sólo trabajaba una hora y volvía. Al otro día estaba terminado todo. Ella decía al marido qué quería comer y el hombre le decía: “pescado”. Ella cogía la olla, la llenaba de agua, la revolvía y salía pescado. De hecho ella era misteriosa: por eso la gente la envidiaba. No podía comer la carne fresca y el marido tenía que dejar que se dañara o pudriera, para que ella pudiera comer así sus alimentos.

Y así vivía con su marido. Ella quedó embarazada y tuvo una niña, pero la familia del hombre se burlaba y le decían que era una mujer cochina porque comía podrido. Eso era que no podía vivir y lloraba mucho, por eso suplicaba el marido: “Entrégueme mis alas, que esas son mi vestido y quiero irme a mi casa”. El marido le decía: “Me voy al monte a cazar”, pero él iba a secar la ropa que tenía guardada, al sol, porque de lo contrario Kunsiana se ponía muy pálida. El marido, cada mañana que hacía sol, decía a la mujer: “Yo me voy para el monte”, pero mentía porque se iba a secar esas plumas de la mujer.

Cuando su hija creció, decidió seguir de escondida a su papá que cada mañana iba a secar la ropa y lo vio mientras sacaba de la olla el traje de su madre. Entonces el padre se percató de ella y le dijo que no se lo avisara a la mamá porque si no los dejaría solos.

Así pasaron los días y los meses, la mamá siempre le preguntaba y él no le decía nada, y pasaron los tiempos y tuvo un varoncito que creció y lo acompañaba a todas partes donde iba el padre y la Kunsiana se quedaba con la hija mayor.

Un día el padre salió de pesca, dejando en casa al bebito y la mamá le preguntó si cuando salía al monte a cazar con su papá no veía una ropa preciosa con alas y el niño respondió que sí y la mamá dijo “¿En dónde entonces?” y el bebe la llevó y vio que sí era la ropa de plumas.

La mamá se la puso e intentó volar con los dos hijos y no pudo. De hecho intentó varias veces y entonces decidió que se quedara la hija mayor para acompañar a su padre y le regaló una cuchara para que lo cuidara y ella se fue con el más pequeño. Iba volando justo pasando por donde estaba su marido que vio a su mujer Kunsiana y, a gritos, comenzó a decir que no se fuera, que no lo dejara, y lloraba.

Dejó tirado el pescado, salió corriendo por la playa y le gritaba y ella le respondió que se iba por muchas burlas de la familia que no le gustaban. Eso lo dijo ya mientras iba subiendo más y más y el hombre lloraba muy fuerte. Entonces la esposa dijo que cuidara de su hija que, en las noches, vendría a ver.

En la casa sólo quedó su hija mayor y pasaron los días y los años.

Su hija tenía el mismo poder de la madre: iba un día a limpiar y al otro día estaba limpio y sembrado, e igual en las comidas.

De igual forma, un día, ella y su padre salieron a trabajar.

Sus vecinos, que siempre se burlaban de ellos, querían descubrir si la hija de la Kunsiana poseía verdaderamente una cuchara encantada. Por eso fueron a buscarla, aprovechando del hecho que la casa era vacía. De hecho, encontraron lo que querían, pero no sabían que la cuchara era bien sagrada y nadie la podía tocar, pero los parientes envidiosos la tocaron diciendo que esa Kunsiana era mentirosa ya que comenzaron a mover el instrumento para ver si era verdaderamente mágico, pero no sucedía nada de particular.

Por eso maldijeron a Kunsiana diciendo: “Con esas manos sucias le da de comer cosas podridas al pobre hombre”. Después volvieron a dejar ahí mismo la cuchara y llegaron la hija y su padre para cocinar al fin de poder comer.

Ella salió a buscar la cuchara que ya estaba maldita en forma de serpiente. De hecho, la niña metió la mano y la culebra la picó. Ella murió y, de este momento, su madre y su hermano la llevaron adonde vivían ellos y su padre quedó solo y se olvidaron de él.



Alberto Grefa y María Grefa Queta